

el 16 de junio de 632, primer día del año en que empezó el reinado de Isdegerdes.

No tuvieron que esperar mucho los sátrapas de las provincias orientales el premio de su egoísta ignorancia. Ibn Amir, gobernador de Othman en Kufa, había mandado perseguir inmediatamente al fugitivo Isdegerdes; y así Kirman, poco después de haber despedido tan desdeñosamente a su rey, pudo contemplar el ejército de los musulmes dentro de sus fronteras. No sin alternativas sometieron los generales árabes desde el año 29 (649-50) esta y las vecinas provincias hasta el Oxo, en el Norte, y Balh, Herat y Serendsch en el Oriente. Pero, naturalmente, estas conquistas no quedaron aseguradas desde el primer momento, como acaso las de Irak y las de Siria. No había que pensar en ocupar tan extensos territorios por medio de grandes campamentos militares, por el estilo de Basora y Kufa: para eso no habría sido suficiente triple número de tropas. A medida que las varias ciudades eran tomadas ó ganadas por capitulación y ocupados los territorios que de ellas dependían, las poblaciones ó respectivamente sus príncipes y nobles obtenían condiciones de sumisión que, por lo general, se concretaban al pago de determinados impuestos, para cuya cobranza y para la instrucción de la gente en el Islam,—el culto del fuego de los adeptos de Zoroastro era abominado cada día mas como idolatría y después fué prohibido por completo en casi todas partes,—se dejaban jefes adecuados con una pequeña escolta, y el grueso de las fuerzas musulmes seguía su marcha. Es claro que precisamente los distritos orientales, de población mas fuertemente impregnada del odio nacional contra los conquistadores, procuraran aprovechar la primera ocasión para arrojar á los imanes y recaudadores de impuestos. A esto hay que agregar que una gran parte del Corasan, y aun mas las comarcas de la orilla Sur del mar Caspio, á causa de la naturaleza de sus montañas y del amor á la independencia de sus habitantes, parecían justamente predestinados á continuas rebeliones, que, por lo general, y particularmente en el terreno escabroso que acabamos de citar, se desarrollaban en forma de interminables guerras de guerrilla: así forman al principio estas provincias un elemento bastante inseguro y después disolvente del organismo del imperio de los califas.

Si Abu Bekr con dificultad podía sospechar las consecuencias de lo que hacía cuando autorizó á Mothanna y á Jalid para sus correrías en el Irak, en cambio su política guerrera hacía el otro lado, hacía la Siria, fué desde el primer momento de objeto perfectamente conocido. Tratábase de seguir la senda indicada por el mismo Profeta: el primer paso, preparado por este, lo había dado el ejército de Osama solo á medias, bajo la presión del levantamiento árabe, para tranquilizar momentáneamente las conciencias, retirando el pie, apenas adelantado hasta la frontera bizantina, tan luego como se hubo cumplido en apariencia el deber impuesto. Pero tan pronto como quedó vencida la gran sublevación y restablecida la paz en la península, á principios del año 12 (633), debió pensar el califa en cumplir no solo con la letra sino con el verdadero espíritu de la última voluntad de Mahoma. Así, pues, mientras Jalid con sus beduinos continuaba, como una especie de empresa secundaria, la guerra de fronteras contra el Irak, producto natural de la rebelión árabe, se expidieron á fines del año 12 (principios de 634), desde la capital, llamamientos á la Meca, al Hedyaz, á la Arabia central y al Yemen para la nueva guerra contra los infieles de la Siria. A principios del año 13 (abril de 634) estaba ya organizado de nuevo el ejército en El-Schorf, junto á Medina. Debía ser dirigido, en tres divisiones de 3,000 hombres cada

una, por Jalid Ibn Sa'id (1), Schorahbil y Amr Ibn El-Asi; pero como el primero se había hecho antipático por su falta de ortodoxia á Omar, consejero de Abu Bekr, fué destituido y debió contentarse con seguir al ejército con un mando subordinado. En su lugar se puso á Yezid, hijo del anciano Ssofyan, que desde la muerte de Mahoma se hacía pagar su adhesión y en general se aplicaba á obtener puestos importantes para los suyos. Después que se había hecho muslim, como antiguo mercader de la Meca, consideraba la fe como un negocio en el que debía aprovechar toda ocasión lo mejor posible para ganar algo para sí y para la casa Omayya; no se descuidó, pues, en hacer acompañar á Yezid por uno de sus otros hijos, Moa'wiya, por de pronto como voluntario sin mando alguno, pero con la esperanza de que si las cosas iban bien ya se encontraría en la tierra conquistada algo ventajoso para él. Deseoso también de estar personalmente á la mira de lo que ocurriera, no le arredró su avanzada edad, mas que octogenaria, para exponerse de nuevo á las fatigas de una campaña en la que, naturalmente, no podía representar un papel principal. Antes que las tropas emprendieran la marcha, dióles Abu Bekr las siguientes instrucciones: «Muchachos, les dijo, tengo que recomendaros diez cosas que habeis de observar exactamente. No engaños ni robeis á nadie; no obreis con deslealtad ni mutileis á nadie; no mateis ni á niños ni á ancianos ni á mujeres; no descortecéis las palmeras ni las queméis; no taleis los árboles frutales ni destruyais los sembrados; no mateis ni ovejas, ni bueyes ni camellos, á no ser para vuestro sustento. Encontrareis tonsurados, abridles con el sable la tonsura; encontrareis gentes en celdas (esto es, anacoretas), dejadlos en paz para que puedan continuar en el cumplimiento de sus votos (2).» No se puede negar que para aquellos tiempos deben ser consideradas muy humanas estas reglas de conducta; fueron también cumplidas en lo principal, y semejante benignidad proporcionó á los árabes el afecto de los sirios, no muy bien dispuestos en favor de sus dominadores bizantinos. A las causas generales ya expuestas del descontento de la población se agregaba á la sazón una medida necesaria, pero de las peores consecuencias, dictada por el emperador Heraclio: cierto que la guerra persa había establecido la consideración y las antiguas fronteras del imperio bizantino, pero al propio tiempo había agotado el Erario de tal manera que el emperador se vió obligado á mandar suspender el pago de los sueldos á las tropas fronterizas árabes cristianas que servían bajo el dominio de los gasanidas. *Point d'argent, point de Suisse*, es máxima común desde antiguo á todo árabe sin distinción de religiones; de este modo se excitó á la deslealtad, precisamente en aquellos instantes, al elemento mas importante de la población, con cuya fidelidad debía ante todo contarse.

Por iguales consideraciones de economía, Heraclio, cuyas fuerzas estaban ocupadas simultáneamente en los mas diversos puntos fronterizos de su extenso imperio, no tenía casi ningunas tropas propias en la Palestina ni en la Siria, á las cuales consideraba libres de todo peligro. Así pudo suceder que las fuerzas auxiliares gasanidas, sublevadas á causa de la detención de sus sueldos, mataran á Sergio, lugarteniente del emperador, que residía en la importante fortaleza de Cesarea; y así se comprende que las poco considerables fuerzas de los tres generales musulmes penetraran desde luego sin

(1) No debe confundirse con el célebre Jalid Ibn Walid. Ambos han sido ya confundidos por los historiadores árabes, y de ahí que se atribuya á Ibn Sa'id, en la tradición usual, una participación del todo injustificada en la conquista de la Siria.

(2) Los anacoretas recordaban al muslim los ascetas que se habían conocido antes del Islam en la Arabia del Norte, y á los cuales Mahoma había tratado como hanifes con especial benevolencia.

encontrar gran resistencia en la Palestina meridional. Unos 2,000 griegos, con los que se encontraron al Sur del mar Muerto, fueron dispersados con poco trabajo y tomados los territorios fronterizos hasta Gaza en el Mediterráneo y hasta cerca del monte Hauran en el Nordeste. Entretanto, no se había descuidado Abu Bekr en enviar á sus generales todas las tropas de que se podía disponer en la Arabia, entre ellas una nueva división organizada independientemente á las órdenes de Abu Obeida, y con estos refuerzos el contingente de los ejércitos en la Siria ascendió poco á poco hasta 24,000 hombres. A pesar de todo Amr, que como el de mas edad de los cuatro tenía el mando superior, no se atrevió á internarse demasiado en el país. En efecto, era demasiado extenso el arco de cerca de 45 millas en que estaban distribuidas sus fuerzas, desde Gaza, rodeando el mar Muerto, hasta cerca del fuerte Bostra; además, entonces tuvo noticia de que Heraclio reunía ya en el Norte un ejército mas poderoso á las órdenes de su hermano Teodoro, frente al cual se habrían encontrado en situación muy peligrosa las huestes aisladas de los musulmes. Astuto como era el viejo Amr, cuando tuvo este aviso se retiró de Gaza hasta el extremo del mar Muerto, donde podía estar en comunicación directa con sus tres colegas y esperar la llegada de los nuevos refuerzos, que con instancia había pedido á Medina.

Pero esto no era fácil de hacer; las tropas que se habían podido reunir estaban todas ya en la Siria, y hacer un nuevo llamamiento hubiera exigido demasiado tiempo, por lo que Abu Bekr se decidió á dar orden á Jalid Ibn El-Walid de dirigirse allí con 3,000 jinetes del Irak. Esta orden le costó menos á Abu Bekr,—que en la guerra de la frontera persa solo tenía un interés secundario y no había estudiado con detenimiento la situación de aquel país,—que á Jalid la obediencia. Pero desobedecerla no se le ocurrió siquiera á este, y no le quedó mas remedio que cumplir el enojoso encargo con aquella inconsiderada energía que ya tantas veces le había llevado, en las mas difíciles situaciones, al triunfo y á la gloria. El mensaje del califa le había encontrado en Ain Tamr; después de hacer entrega del mando á Mothanna emprendió la marcha en Rabí I, 13 (mayo 634), con el número que se le prescribía de sus mas renombrados beduinos. Ain Tamr se encuentra aproximadamente en el centro de la estrecha faja de terreno que se extiende entre el Eufrates y el desierto desde el extremo del golfo Pérsico hasta el gran recodo del río. Para ir desde allí á la Siria debía Jalid ó seguir río arriba ó río abajo hasta encontrar la gran calzada de la Mesopotamia á Damasco ó una senda transitable entre el Irak y Dumat-el-Schandal. En ambos casos estaba obligado á dar un rodeo inmenso, pero en vista de la urgencia optó por la inaudita temeridad de ir desde Korakir, el último pozo de la tierra del Eufrates, á Sowa, en las cercanías de Tadmor (Palmira), atravesando el desierto: marcha á caballo de cinco días y cinco noches sin la menor posibilidad de encontrar en toda ella una sola gota de agua. Merced á acertadas medidas, cuyo mérito se atribuye á un hombre de la tribu Taij, muy conocedor del desierto, Raff Ibn Omeir, logró sin gran molestia de sus animales llevar consigo la cantidad de agua necesaria. El desierto no tiene ninguna clase de camino, y si se extraviaba el ejército, estaba perdido para siempre; pero Raff era un experto guía y á su debido tiempo se llegó á Sowa. Desde allí se fué, pasando por Tadmor y siguiendo la carretera imperial, hacía Damasco; en el camino ocurrió una pequeña escaramuza con tropas bizantinas, con las que tropezó por casualidad, las cuales no quedarían poco admiradas de encontrarse de repente allí, en el Norte, con árabes enemigos, y luego llegó á Damasco. Los habitantes cristianos de la capital siria celebraban precisa-

mente la Pascua de Pentecostés (12 junio 634); sin embargo, Jalid, que ante todo debía procurar unirse con los otros cuatro generales, se limitó á hacer un reconocimiento en el fértil valle que rodea la ciudad de los jardines. Según algunos, parece que tuvo ocasión de entablar ya entonces relaciones con el señor de la ciudad (1), pero esto es dudoso. En todo caso, marchó rápidamente hacía el Sur y llegó sin percances á Bostra, delante de la cual acampaban Yezid, Schorahbil y Abu Obeida. El comandante de la fortaleza se mostró dispuesto á capitular; pero como no era conveniente permanecer mas tiempo en aquellos parajes mientras que el ejército bizantino de la Palestina meridional estuviese en posición de cortar á los musulmes la retirada á la Arabia, se contentó Jalid con las seguridades verbales que espontáneamente le fueron dadas, y marchó adelante con los otros tres generales al encuentro de Amr, que seguía todavía ocupando su posición en el extremo Sur del mar Muerto.

El cuartel general de los bizantinos en la Palestina estaba, como anteriormente el de los romanos, en Cesarea. La marcha de Amr sobre Gaza les había mostrado la intención de los musulmes de internarse en el país al Oeste del mar Muerto; por lo cual el ejército griego había marchado de Cesarea hacía el Sur para oponerse á un nuevo avance del enemigo. Por otra parte Jalid,—si bien el mas anciano Amr conservaba todavía á lo menos por fórmula el mando supremo de las tropas reunidas,—imprimió su acostumbrada energía á la dirección de la guerra, y al tener noticia del avance de los bizantinos, les salió al encuentro. Junto á Adschnadein, el Yarmuth del Antiguo Testamento (2), á 3½ millas al Sudoeste de Jerusalem, se encontraron ambos ejércitos el día 28 Schumada I, 13 (30 julio 634) (3). No poseemos noticias fidedignas del curso de esta batalla, la cual terminó con la derrota de Teodoro, que dejó á sus dispersos guerreros el cuidado de ponerse en salvo lo mejor posible, huyendo él á Emesa, donde estaba Heraclio. El emperador, sin duda indignado por la derrota de su hermano, le envió á Constantinopla, y él mismo se trasladó á Antioquia para dirigir desde allí la concentración de otro gran ejército, compuesto de tropas propias y armenias, mientras que los restos de las huestes de Teodoro, pasando el Jordan, se replegaron á la bien fortificada Damasco. La noticia de la primera gran victoria de los creyentes fué la última alegría terrenal que había de experimentar Abu Bekr; poco después de recibirla voló al seno de su Señor. Por muy repulsivo que Jalid fuese á Omar, este era demasiado prudente para permitir que su repulsión ejerciera influencia en el curso de la guerra; por el contrario, dispuso que Jalid continuara con toda independencia la campaña mientras que Amr permanecía en la Palestina para recoger el fruto de la victoria obtenida. Poco después de la batalla se habían sometido Gaza y otras ciudades de Judea; luego avanzaron los musulmes mas hacía el Norte y tomaron á Neápolis (Sichem) y Sebastia (Samaria); así, pues, mientras Amr completaba la conquista de Judea y de la tierra samaritana, Jalid se dirigía hacía la Galilea. Allí tropezó, cerca de Beisan (Scytópolis, Bethsean), con una división de tropas griegas probablemente compuesta de los restos del ejército de Teodoro y de las guarnicio-

(1) Sin duda se querrá aludir al obispo.

(2) Josué, cap. 5, 23. El nombre de Yarmuth se usaba todavía en la primera época árabe, y habiendo sido confundido con el de Yarmuk ha dado lugar á una gran confusión en toda la historia de esta campaña siria, confusión recientemente desvanecida por de Goeje.

(3) Solo se puede fijar en cierto modo el número de los musulmes en unos 30,000 hombres; el de los griegos es indicado por los historiadores árabes con su acostumbrada cifra de 100,000, pero seguramente no serían mas de la mitad.

nes de las ciudades vecinas. Habían convertido por medio de diques el valle del Jordán en un pantano; sin embargo los árabes consiguieron a pesar de esto perseguirlos más allá del río y derrotarles radicalmente junto a Fichl (Pella), situada en la orilla opuesta (28 Zul'k'ada 13 = 23 enero 635). La ciudad cayó en manos de los vencedores inmediatamente después de la batalla, así como la cercana Tiberiades y muchas otras plazas, que en su mayor parte debieron de ser tomadas a la fuerza. Para terminar la sumisión de la provincia Jalid dejó también allí a uno de sus segundos, a Schorahbil, y él mismo continuó su avance, por la tierra de Basan, hacia Damasco y el Norte. Mientras sus veloces jinetes, según parece, ya habían penetrado, en enero de 635, en el Norte hasta Emesa en sus correrías en todas direcciones, en 1.º Moharran 14 (25 febrero 635) una hueste de 4,000 bizantinos cayó de improviso sobre una partida de musulmes que iba a las órdenes de Jalid Ibn Sa'id, cerca de Merdsch-es-Sofar (1), y allí se entabló un reñido combate en el que el mismo Ibn Sa'id perdió la vida. Este descalabro aplazó la continuación de las operaciones unos quince días, que Jalid seguramente aprovecharía en hacer reconocimientos en varias direcciones para precaverse de la repetición de semejantes desagradables sucesos; puso luego cerco a Damasco (16 Moharran 14 = 12 marzo 635), cuya guarnición no se atrevía ya a hacer frente a los árabes en campo abierto. El sitio se iba prolongando, porque los musulmes no estaban a la altura de los griegos en la guerra de fortificaciones, y es probable que se limitaran principalmente a hacer rendir por hambre la ciudad, donde parece que abundaban los víveres. Por otra parte, le faltaba todavía mucho a Heraclio para haber terminado la organización de su nuevo gran ejército; la escasez de sus medios, de que ya hicimos mención, dificultaba los reclutamientos y él ya veía con claridad que debía presentarse con fuerzas superiores si quería estar seguro del éxito. No podía, pues, pensar en una campaña para libertar a Damasco, y debió contentarse, por de pronto, con hacer avanzar a Vahan, que ya había acudido con los auxiliares armenios, para que dispersara a las algaras que molestaban a Emesa y sus alrededores (mayo 635) e intentara molestar siempre que pudiera a los sitiadores. En medio de estas operaciones ocurrió una escaramuza en una cañada de la gran carretera de Damasco a Emesa; no fué de mucha importancia, pero dió ocasión a los musulmes para construir, al Norte de la ciudad, en el punto en que la carretera sale de las montañas al llano, un fuerte destinado a impedir nuevas molestias por aquel lado. Por último cayó Damasco en Redscheb 14 (agosto-setiembre 635). Se supone que el clero cristiano de la ciudad, muy resentido contra Heraclio a causa de sus disposiciones religiosas, representó un papel muy sospechoso en la entrega, si bien no es posible aclarar la verdad entre los muchos y confusos relatos, que se refieren unos a una capitulación mientras que los otros hablan de la toma por fuerza. En todo caso se concedieron a los habitantes condiciones sumamente favorables: solo quedaron obligados al pago del impuesto, continuando los cristianos en tranquila posesión de todas sus iglesias. Después de la toma de la ciudad, procedió Jalid como de costumbre; dejó allí de guarnición a Yezid con algunas tropas, mientras que él mismo proseguía su marcha. Por orden de Heraclio, Vahan con sus armenios esquivaba encontrarse con Jalid, y así pudo éste, marchando hacia el Norte por entre el Líbano y el Antelíbano, ocupar a Balbek y otros lugares. El pueblo se mostraba en todas partes benévola y dispuesto; se alegraba de verse libre de los ve-

(1) «Prado de pájaros», población muy conocida como a una jornada de Damasco.

jámenes de los empleados bizantinos, y no tenía más que motivos de alabanza del proceder benigno de los musulmes, cuya religión, desconocida, apenas podían figurársela más repulsiva que la herejía oficial de los que hasta entonces habían sido sus señores. Olvidaban, sin embargo, que solo la libertad conquistada por el propio esfuerzo suele ser duradera.

Los árabes no podían aventurarse demasiado hacia el Norte; en Emesa se habían reunido ya numerosas tropas imperiales y poco a poco se iban completando los armamentos de Heraclio. Este había logrado al fin reunir un ejército imponente por su número, que, según los datos de los historiadores bizantinos, ascendía a 80,000 hombres y estaba a las órdenes de otro Teodoro, *sacelario* del emperador (2), que mandaba los 40,000 hombres de las tropas imperiales que formaban el núcleo del ejército. La otra mitad se componía de los armenios de Vahan y de los árabes cristianos del príncipe gasanida Schabala Ibn El-Eiham, el que habiéndose restablecido el pago de los sueldos se avino de nuevo a seguir al ejército. Pero a pesar de la apariencia imponente de éste, carecía de cohesión; entre el *sacelario* y Vahan no había buenas relaciones, manifestando este último, a lo que parece, deseos de independencia al frente de sus armenios, que debían ser insoportables al general en jefe, y las envidias no tenían fin. Más grave todavía era la situación con los gasanidas; los imperiales ya sabían por larga experiencia que solo se podía contar con seguridad con estas gentes si había pillaje; y sin embargo, no se atrevían a prescindir de su auxilio, que fácilmente podía pesar en la balanza del lado de los contrarios.

Entretanto la presión de tan grandes masas, después de que, por último, se hubieron puesto en movimiento (principios del año 15 = febrero de 636), debió ciertamente de hacerse sentir desde luego en el ejército musulim. El arrojo nunca desmentido de Jalid iba siempre unido con la previsión, y para el golpe principal, que era inminente, quería tener reunidas a su lado todas las fuerzas de que pudiera disponer; así, fué replegándose lentamente ante el avance de los griegos, llamando a sí de todas partes a sus avanzadas y algaras. Hasta abandonó a Damasco para, en el caso de una derrota, no encontrarse demasiado lejos de la Arabia, y se retiró hacia el Jordán, tras el cual podía ponerse a cubierto si la necesidad le obligaba a ello. Es de suponer que, a lo menos en su mayor parte, se le reunieran también las tropas que mandaba Amr. Para todo esto le dejó sobrado tiempo el *sacelario*, pues pasó medio año antes de que se llegara al primer combate junto a Schabiya, entre Damasco y el lago de Genezareth (13 Schumada II, 15 = 23 julio 636). Este fué el primero de una serie de combates que debieron prolongarse más de un mes, y de cuyas peripecias tenemos muy pocos datos fidedignos. Las dos cortas relaciones de historiadores bizantinos, así como las narraciones más amplias y algunas muy detalladas de los árabes, solo están conformes en amontonar todo lo ocurrido en uno ó dos días de batalla, cuyo desenvolvimiento, sin embargo, no se relata uniformemente. Muchos rasgos se repiten en unas y otras y son con seguridad ciertos, pero de ningún modo es posible restablecer el orden de sucesión. Háblase de un descalabro del *sacelario*, después del cual se sublevaron los auxiliares armenios proclamando emperador a su caudillo Vahan; del pase de una parte de los árabes cristianos a los musulmes, y luego

(2) *Sakellarios*, encargado del *sakellion*, bolsillo, «tesorero», que naturalmente solo debe entenderse como título de un alto empleado de palacio. Los árabes hacen otra vez mención en este caso de cifras mucho más elevadas por lo que se refiere al ejército griego; el dato es de 100,000 hombres, de los cuales se cuentan 12,000 árabes cristianos y 12,000 armenios.

de una reñida batalla entre estos y los griegos, en la que los últimos salieron vencedores, llegando hasta las tiendas del campamento de los árabes; de modo que hasta las mismas mujeres, que se encontraban junto a los bagajes, debieron empuñar las armas; pero lo cierto es que el último combate decisivo se dió en el día 12 de Redscheb del año 15 (20 agosto 636) junto a la aldea Yakúsa. Esta se halla situada en el ángulo formado por la unión del Hieromax (Yarmuk) con el Jordán, entre ambos ríos y el lago de Genezareth, en un terreno cortado por los barrancos del primero y por medio del cual la llanura al Norte del río va descendiendo hacia éste. No tenemos motivo alguno para poner en duda el relato de los griegos, según el cual un fuerte viento arrojaba nubes de polvo sobre los imperiales (1), lo cual hizo vacilar a los bizantinos, cuya disciplina, después de lo que ya hemos dicho, no debía de ser muy severa. Parece, sin embargo, que pelearon bien, a lo menos la infantería; los mismos musulmes confiesan grandes pérdidas, y la muerte del *sacelario* demuestra que a lo menos él cumplió con su deber. Pero finalmente fueron sus tropas empujadas hacia los barrancos del Hieromax y allí empezó una carnicería de la cual apenas se salvó nadie. La caballería había ya emprendido la fuga al iniciarse la derrota, y se dispersó buscando refugio en las plazas fuertes de Damasco, Cesarea, Jerusalén y hasta en Antioquía; mas el núcleo del ejército, la infantería imperial, quedó aniquilado. Heraclio no vió ya para un porvenir próximo medio alguno de reclutar nuevas tropas en la misma Siria, y así se dirigió a Constantinopla para disponer desde allí la reconquista de la Palestina.

Pero entretanto los árabes, lo mismo allí que en toda la Siria, no tenían ante sí ningún obstáculo sino cuando los muros de algunas ciudades fuertes les daban que hacer durante algún tiempo; atacarlas según las reglas del arte con máquinas de guerra, naturalmente en aquellos primeros tiempos no era cosa que entendían los árabes, tanto como entendían de su defensa los bizantinos, muy avezados a la guerra de fortificaciones. Los árabes no habían visto la primera máquina de sitio sino nueve años antes, cuando la toma de Heibar, y apenas se habían ejercitado desde entonces en la construcción y uso de las máquinas. Pasó, pues, algún tiempo hasta que fueron tomadas las plazas más fuertes, y no conocemos ningún caso en que la toma se debiera al éxito de un asalto. Las poblaciones de corta importancia se sometían sin resistencia tan luego como se presentaban las huestes musulmicas; pero estas, a lo menos en su mayor parte, tuvieron que detenerse hasta fines del año 15 (636) ante Damasco, a la que por segunda vez tuvo que ponerse sitio durante meses, hasta que la guarnición, establecida en la ciudad por el *sacelario* al recuperarla y que al principio se defendió valientemente, se decidió a capitular. Las condiciones de la capitulación fueron naturalmente algo menos favorables que las de la anterior: los habitantes debieron ceder algunas iglesias y la mitad de la gran basílica de San Juan para el servicio divino mahometano, pero por lo demás fueron tratados con bastante benignidad. Quedaron entonces libres las fuerzas de los árabes y se continuó avanzando rápidamente; pero no ya a las órdenes del gran guerrero, a quien también se debía la victoria en aquellas comarcas. Después de la entrega de Damasco regresaron velozmente al Irak, en cumplimiento de las órdenes del califa, las tropas con que Jalid había hecho su famosa marcha a través del desierto, y que en Kadesía debían aun dar el golpe decisivo en la otra gran campaña; mas para su glorioso jefe ya no había puesto allí al lado de Sa'ad Ibn Abi Wakkas. Sin duda no le conven-

(1) Como a los persas en Kadesía.

dría tampoco a Omar que Jalid continuara con el mando en la Siria; la misión principal del guerrero había terminado allí y a la sazón empezaba la del funcionario administrativo, y para este cargo debió parecerle poco adecuado el carácter inconsiderado y violento de «la espada de Dios», aun cuando su antigua malquerencia contra el degollador de Schazi-ma y Yarbú se hubiese mitigado después de los inapreciables servicios prestados en los últimos años. Poco antes ó poco después de la toma de Damasco llegó al ejército el decreto del califa por medio del cual se privaba a Jalid del mando supremo y se transfería al tal vez menos enérgico pero prudente y benigno Abu Obeida. El destituido general no pudo reprimir algunas palabras de disgusto. «Omar, dijo, me nombró jefe en Siria cuando ésta le infundía temores; pero ahora que Siria yace tranquila y se ha convertido en trigo y miel, me destituye y nombra a otro lugarteniente.» Sin embargo, no se negó hasta el día de su muerte, que acaeció en Emesa en el año 21 (642), a seguir sirviendo a las órdenes de hombres que antes le habían obedecido, ya fuera porque quisiera estar prevenido para encargarse de un nuevo papel importante en el caso de un cambio de califa, ya porque se hubiera reconciliado con Omar con motivo de la ida de éste a Palestina, de que ya trataremos más adelante, en cuya ocasión no había podido menos de manifestarle que reconocía sus triunfos militares. Podríamos inclinarnos a aceptar esto último ya que se nos trasmite por conducto bastante seguro que Jalid a su muerte instituyó heredero al califa; pero debemos guardarnos de rebajar la grandeza característica de estos dos hombres de acero y roca, atribuyéndoles accesos de sentimentalismo. Y semejante grandeza no la podemos negar seguramente a la feroz espada del Islam. Era de aquellas naturalezas cuyo genio militar resume toda su vida intelectual; como Napoleón, no había conocido ni querido conocer nada más que la guerra, y no se había dejado dominar por sentimientos ó consideraciones humanas. Pero como el mayor capitán de la época moderna, tampoco le faltó ninguna de las virtudes militares, especialmente la de obrar en todos casos por sí mismo, sin concederse jamás un momento de descanso, manteniendo siempre vivo en sus subordinados el sentimiento de la mas completa seguridad. Difícilmente podemos hacer justicia ahora a una tan poderosa naturaleza de guerrero; pero hemos de confesar que si él era grande *solamente* al frente de sus beduinos, lo era *allí* como ninguno.

Casi sin ser molestados, los generales árabes pudieron recoger en los años siguientes los frutos de la victoria. Cierto que el anciano héroe Heraclio no pensaba de modo alguno conformarse con el fallo de la caprichosa diosa de la fortuna, que casi en el mismo momento en que había abatido definitivamente al enemigo natural de su pueblo, le arrebató el premio de la victoria a tanta costa conquistado y mucho más todavía en beneficio de un enemigo despreciado y apenas presentido. No hay duda que no se hacía ilusiones; cuando abandonó la Siria, se llevó consigo a Constantinopla la Santa Cruz que pocos años antes había devuelto triunfalmente desde Ctesifonte a Jerusalén. Pero aunque enfermo, como estaba en sus últimos años, no podía pensar en su participación personal en una nueva campaña, no por eso se decidía a dejar de grado en poder de los infieles una de sus mas hermosas provincias, precisamente la que contenía los mas santos lugares del cristianismo. Por su orden, pues, se enviaron por mar desde Constantinopla y Alejandría tropas a Antioquía, que a las órdenes de Constantino, sucesor al trono, debían emprender un nuevo ataque contra los árabes (17 = 638). Pero solo durante corto tiempo se consiguió volver a tomar al poco enérgico Abu Obeida los distritos ya